

## MEMORIA HISTÓRICA

En una etapa de la historia contemporánea de España en la que una gran mayoría de la izquierda, concretamente el sector del socialismo que sigue de buen grado o se pliega por interés o por disciplina a Zapatero, al que se añaden los comunistas crepusculares encabezados por Llamazares, se ha embarcado en una política de alianza estrecha con los nacionalismos secesionistas hasta el punto de hacer suya su agenda disgregadora, resulta oportuno un ejercicio recordatorio que sin duda será grato a todos aquellos que nos invitan a recuperar la memoria. Si se nos incita a semejante y arriesgada incursión en nuestro pasado reciente, es de suponer que los que desean embarcarnos estarán dispuestos a examinar a su vez con ojo crítico algunas partes que les tocan muy de cerca. Me refiero, por ejemplo, al papel jugado durante la Guerra Civil por organizaciones como el PSOE, Esquerra Republicana y el PNV, también a la sazón entregados a una colaboración muy profunda en contra del centro y la derecha nacionales hasta extremos de encono y de odio que llevaron al conjunto del país a la catástrofe y a cuatro décadas de dictadura.

Durante toda la contienda fratricida, existió sobre el papel una unidad de acción y de propósito del Partido Socialista y de los particularismos catalán y vasco destinada a ganar la guerra, interpretada por la maniquea propaganda del bando republicano como una lucha sin cuartel entre la democracia y el fascismo. Sin embargo, bajo esta apariencia de trabajo en equipo contra el enemigo común, desde el inicio mismo del levantamiento de Franco, los nacionalistas desarrollaron su propia estrategia, siempre independiente de las orientaciones marcadas por el gobierno de la República y en no pocas y decisivas ocasiones de manera divergente cuando no claramente traidora. Ahora, en pleno idilio de los nacionalismos periféricos y la cúpula del PSOE, esta verdad incomoda tanto a unos como a otros, pero el material historiográfico al respecto es de tal abundancia y tan concluyente que admite poca discusión. El volumen de testimonios y de evidencias que se puede hallar en memorias personales, hemerotecas y archivos oficiales ha sido pormenorizadamente analizado y publicado, destacando la magnífica síntesis perfectamente documentada y expuesta por Pío Moa en su libro *Una Historia chocante*, de lectura obligada en estos tiempos de confusión.

Así, siete décadas después de los acontecimientos a que nos referimos, sorprenden la bobalicona ingenuidad y la falta de pericia de los servicios de información del Ejecutivo presidido primero por Largo

Caballero y después por Negrín durante las componendas secretas llevadas a cabo por los dirigentes peneuvistas a fin de rendirse unilateralmente a las tropas “nacionales” e italianas en el transcurso de la ofensiva franquista contra Vizcaya entre abril y junio de 1937 y de la posterior contraofensiva republicana para recuperar Bilbao en julio y agosto de ese mismo año. El cinismo del lehendakari Aguirre, de su ministro en el Gobierno central, Irujo, y de los restantes jefes del Euskadi Buru Batzar, fue realmente asombroso. Mientras mantenían contactos clandestinos con los mandos rebeldes y con el Gobierno de Mussolini a través del sacerdote Alberto Onaindía para pactar los términos de su defección, prodigaban los gestos y discursos de adhesión emocionada a la causa de la República, con un derroche de bajeza e indignidad que bastaría para avergonzar para el resto de sus días a un partido que no tuviese la desfachatez de la secta fundada por Sabino Arana. Los detalles de su doblez producen hoy todavía un escalofrío de repugnancia y sientan un precedente que sería suicida ignorar por cualquiera que se disponga a confiar en su palabra.

En cuanto a la actuación de los máximos responsables de la Generalitat de Cataluña, se situó en la misma tónica de insolidaridad y de hipocresía. A lo largo de los tres años del enfrentamiento cainita, Companys y sus secuaces, que ya habían dado la medida de su honorabilidad en abril de 1931 y en octubre de 1934, no cesaron ni un instante de poner obstáculos a la eficacia de la acción bélica ni de anteponer sus intereses separatistas al interés general de la empresa que teóricamente compartían con las autoridades republicanas con sede sucesiva en Madrid, en Valencia y, por último, con gran disgusto del President mártir, en Barcelona. Al principio, su asunción ilegal de las competencias en defensa, orden público, aduanas y emisión de moneda, fue posible por su asociación con los anarquistas, al precio de cerrar los ojos ante sus desmanes, asesinatos, expolios y atropellos en masa, anteponiendo, según inveterada costumbre de los nacionalistas, sus obsesiones soberanistas a cualquier otro valor, fuera éste la vida, el bienestar o la propiedad de los ciudadanos bajo su tutela. Su contribución en hombres y material a los escenarios de combate fue sistemáticamente cicatera y las trabas a una correcta coordinación con el estado mayor central incesantes. Cuando Negrín y el Partido Comunista, hartos ya de sus deslealtades y abusos, recuperaron en el verano de 1937 las funciones que la Constitución y el Estatuto asignaban a la Administración estatal y volvieron a ocupar en Barcelona los edificios correspondientes, Companys puso el grito en el cielo, acusó a los legítimos titulares de las competencias tan justamente reestablecidas de falta de confianza en la Generalitat, cayendo a continuación en gesticulaciones histéricas y ridículas evocaciones de Pau Claris y su bochornoso intento de entregar Cataluña a Luis XIII de Francia.

No es extraño que Indalecio Prieto le escribiese a Azaña a finales de agosto: “Companys está loco, pero loco de encerrar en un manicomio”. Recientes declaraciones de un destacado miembro del gobierno autonómico que preside José Montilla en el sentido de que “hay que desconectar a Cataluña de España” indican elocuentemente que Esquerra Republicana sigue en manos de orates.

Capítulo aparte merece la intensa campaña diplomática desarrollada tanto por los nacionalistas vascos como catalanes en el trienio 1936-1939 cerca de potencias extranjeras a espaldas del Gobierno central siempre con la idea de buscar una salida pactada del conflicto para Cataluña y para el País Vasco dejando por supuesto en la estacada al resto de España. Algunas de estas maniobras, además de constituir un caso flagrante de felonía, se situaron de lleno en el ridículo, como los sendos memorandos que Aguirre y Companys enviaron al premier británico Chamberlain felicitándole por su “éxito” en la Conferencia de Munich y agradeciéndole su reconocimiento del derecho de autodeterminación de los pueblos en relación a los Sudetes. No cabe duda de que ambos eran estadistas de considerable altura y certera visión. Sus sucesores en la España de comienzos del siglo XXI no les van a la zaga.

Es una pena que el Presidente Zapatero, que ya ha aprendido macroeconomía en dos tardes, no dedique unas pocas horas al estudio de la historia de los nacionalismos sobre cuyo lomo hirsuto tan alegremente trota hacia la España confederal. Sus correligionarios Largo Caballero, Prieto y Besteiro comprendieron demasiado tarde la ralea de los elementos con los que se habían lanzado a hacer la revolución. La ignorancia suele pagarse cara, pero por lo menos ZP tras haber recorrido espero que atentamente este artículo no tendrá la excusa de que nadie se lo había advertido.

Aleix Vidal-Quadras